



EL DESPACHO

Le llamo despacho porque tú dirías que eso era un despacho; y aunque yo no tengo nada que despachar se quedó con ese nombre si bien, a decir

verdad, se parece más a una leonera.

El sofá y el sillón de orejas en los que los gatos se afilan las uñas y tanto ellos como Sánchez se pasan las horas durmiendo la siesta está sucio y deshilachado. Y la librería, feísima, de escayola o pladur, que fue blanca pero ahora está grisácea, ahí seguirá hasta el fin de mis días porque no tengo dinero ni ánimo para mandarla derribar y reemplazarla por otra de madera. Los cajones tirados por todas partes están deshilachados también; y trastos y cajas y libros que a ya he leído o nunca leo. Y la televisión grande, antigua, aunque en color, que dejó de funcionar hace ~~ocho~~ pero ahí sigue porque, me creo yo, que como ella es la que está conectada a la antena de la azotea, es necesaria para hacer como de trampolín para que la señal llegue a la otra, la pequeña, que no es una maravilla pero algo se va y está en lo que yo llamo dormitorio de verano.

Está también la mesa escritora que es, en realidad, la pizarra que justifica que pueda llevar con un algo de dignidad el nombre de despacho lo que cuando yo era niña mi padre llamaba la sala.

En otras casas, de gente como nosotros, había un salón al que jamás se entraba más que cuando se recibían visitas de esas que no se reciben casi nunca; mi padre prefería llamarle la sala porque le parecía más elegante. Y si se entraba, en primer lugar porque propiamente puerta no tenía, sino una embocadura cubierta, entonces, con unas cortinas que eran dos tapices iguales, de tonos oscuros, representando dos rebanoes idénticos con sus pastores respectivos y, en lugares segundo y tercero, porque estaba ahí la radio a la que un amigo de mis padres muy habilidoso había colocado un altavoz en el extremo de un cable para que se pudiera escuchar desde la cocina, mientras comíamos o cenábamos - a mi padre le gustaba oír el parte, pero sólo el parte y no el himno nacional que lo seguía, y yo tenía que correr, y entrar en la sala, y apagar la radio justo en el instante que mediaba entre la última palabra del locutor y



En la pared de la derecha había otro tapiz, distinto, con un río y unos hombres a caballo y perros; yo siempre pensaba una cacería aunque, como dentro de los límites de la tela no aparecía ninguna escena cruel ni había animal muerto y las trompetas que llevaban los hombres no se oían, la sensación al contemplarlo resultaba bastante placentera, solitaria y silenciosa, y tal vez por eso me gustaba mirarlo.

Recuerdo que cuando volvía del colegio, a

mediodía, me sentaba ahí callada, en uno de los sillones de oreja, mientras mi madre hacía la comida bien pendiente de tenerla lista para cuando llegase mi padre del banco, y, si no leía, miraba un castillo que había al fondo, con muchas torres, fantaseando lo feliz que viviría, en aquella paz, la princesa - con uno de esos tocados altos con forma de cucurucho que había visto en los cuentos rematado con una cascada de tules - que imaginaba bordando, tan tranquila junto a alguna de las troneras, estrechas, que se abrían en los muros. Quería ser aquella princesa; no otra con más vida social y más ir y venir a fiestas elegantes con música y baile y mucho relacionarse y mucho lujo, sino aquella: una princesa recatada y a salvo, lejos del mundo. Parecerá tonto, pero yo lo sentía. Vivía el ambiente un poco frío y húmedo de aquel lugar quizás no del todo confortable, pero seguro; y percibía la luz que se me antojaba no supe nunca por qué tirando a rosácea, y un vientecillo suave que apenas agitaba las hojas de los árboles que bordeaban el río. Y bordaba, bordaba en un bastidor, sin ningún nudo en el centro del pecho y sin ninguna inquietud ni la más remota necesidad de esperar o suponer qué ocurrirá mañana. Aun hoy, el sólo hecho de recordar qué sentía, me produce algo parecido a lo que a mi particular y un poco peregrino criterio más se aproxima a la felicidad. Un concepto de la felicidad bastante sobrio, podría decirse. Pero en realidad ambicioso o, tal vez, sólo egoísta.